

# NO CONFUNDAS

**Principios esenciales para arder sin quemarnos y alumbrar sin gastarnos**

José Luis Navajo

**Editorial CLIE**   
www.clie.es

**EDITORIAL CLIE**  
C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
<http://www.clie.es>



© 2017 por José Luis Navajo

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org) <<http://www.cedro.org>> ) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».*

© 2017 Editorial CLIE

---

**NO CONFUNDAS.**

**Principios esenciales para arder sin quemarnos y alumbrar sin gastarnos**

Depósito Legal: B 12629-2017

ISBN: 978-84-16845-36-1

Vida cristiana

General

Referencia: 225024

---

Impreso en USA / Printed in USA

El ochenta por ciento de los pastores cree que el ministerio ha afectado negativamente a su familia.

*(Conclusión extraída del estudio realizado por el Seminario Fuller, de California).*

Una de las principales razones por la que muchos hombres y mujeres abandonan el ministerio es por el estrés que sufren sus cónyuges.

*(Conclusión extraída del estudio realizado por la Asociación Nacional de Evangélicos de los Estados Unidos).*

«Mi yugo es fácil y mi carga es ligera».

*(Afirmación de Jesucristo).*

---

# ÍNDICE

Por favor, lee esto antes de continuar .....	7
Carta al protagonista de esta historia .....	11
<b>PRIMERA PARTE: Amanece el primer día del verano ....</b>	<b>13</b>
<b>SEGUNDA PARTE: El viejo cuentacuentos.....</b>	<b>21</b>
Conociendo al viejo cuentacuentos.....	23
No confundas una vida cargada de años con años cargados de vida.....	29
No confundas estar a disposición con ponerte de exposición .....	35
No confundas víctima con verdugo .....	39
No confundas lo que ves con lo que es .....	45
No confundas espera con pérdida de tiempo.....	49
No confundas errar con fracasar .....	53
No confundas errar con fracasar (II) .....	61
No confundas gracia con desgracia.....	65
No confundas un punto y aparte con punto y final .....	71
No confundas difícil con imposible .....	75
No confundas prudencia con miedo .....	79
No confundas el silencio de Dios con ausencia de Él.....	85

No confundas estar activo con ser efectivo .....	95
No confundas ser con hacer .....	101
No confundas ser siervo de Dios con ejecutivo de iglesia .....	107
No confundas dar con darte .....	113
No confundas atender necesidades con satisfacer caprichos .....	115
No confundas función con misión .....	119
No confundas vencer con convencer .....	123
No confundas tradición con convicción .....	129
No confundas autoridad con poder .....	133
No confundas apariencia con esencia .....	139
No confundas oscuridad con ausencia de luz .....	143
<b>TERCERA PARTE: La ruta del águila .....</b>	<b>151</b>
En la Ruta del Águila .....	153
No confundas aptitud con actitud .....	157
No confundas adversidad con oportunidad .....	165
El reencuentro .....	169
El adiós al viejo cuentacuentos .....	173
<b>EPÍLOGO .....</b>	<b>181</b>

---

## POR FAVOR, LEE ESTO ANTES DE CONTINUAR

No me gusta viajar, pero últimamente no hago otra cosa.

Entiéndeme, amo conocer mundo y bucear entre culturas. Disfruto recorriendo nuevos espacios, impregnando mi paladar con sabores desconocidos –no entiendo el viaje de algunas personas, que visitando otro lugar no cambian sus costumbres, sino que comen allá donde van su comida y beben su bebida, y no experimentan el menor interés por comprobar qué distinta puede ser una cultura de otra– y deleitándome en la belleza natural de parajes recién descubiertos. Conversar con personas de diferente matiz en su piel y en su habla es algo que me encanta; pero cuando alcanzar todo eso implica la distancia de los míos, se me hace cuesta arriba.

Ante la inminencia de un desplazamiento, mientras introduzco los últimos enseres en la maleta, siento pereza y auténtica tristeza por ponerme en marcha. Me comprometí meses atrás con ilusión a este o aquel viaje, pero cuando se acerca la hora me apena dejar mi casa, mi orden, mi trabajo inacabado, mis costumbres, mi régimen y horario de comidas, pero especialmente me apena dejar a mi familia, hasta tal punto que me gustaría poder anular el compromiso. Es demasiado lo que tengo invertido en ese reducto sagrado al que llamo hogar como para no echarlo de menos hasta límites que duelen. Por eso, cuando emprendo un viaje sin los míos, no puedo evitar que un incómodo

vértigo con sabor a soledad arañe mis tripas. El regreso, sin embargo, me parece la más maravillosa de las experiencias. En cuanto piso la terminal del aeropuerto de Madrid, no corro, sino que vuelo. Subo los peldaños de tres en tres, abriéndome camino casi a empujones entre quienes convierten las escaleras mecánicas en plácidos observatorios.

Tengo urgencia porque amo el reencuentro con los míos.

No quiero que nunca el regreso al hogar deje de parecerme el momento más sublime, ni que mueran esas mariposas que me hacen cosquillas en el estómago mientras arrastro la maleta hasta la puerta de casa.

Hace años entendí que hay un correcto orden de prioridades: Primero Dios, después la familia y en tercer lugar el trabajo, aunque el trabajo sea algo tan sagrado como el ministerio. Y comprendí –hace años también– que, en este asunto, el orden de los factores sí que altera el producto..., lo altera muchísimo. Por eso no debemos remover la jerarquía de esas tres columnas vitales: Dios, familia y ministerio.

Sí, desde hace tiempo siempre hay una maleta abierta a los pies de mi cama, pues no compensa cerrarla, y más de un tercio de estos viajes me llevan a congresos con pastores y responsables eclesiales de diferentes partes del mundo. Eso me ha permitido sentarme frente a líderes de toda edad, nación y condición. Juntos hemos reído, orado y llorado. Conozco el color de la sonrisa del pastor y distingo también el sabor de sus lágrimas.

Amo escribir para ellos porque los amo a ellos: Siervos generosos de sí mismos, abnegados e infatigables, obedientes a una llamada que a menudo los excede.

Las páginas que siguen no pretenden más –ni tampoco menos– que poner en negro sobre blanco las conclusiones que extraje de las charlas con quienes ocupan la primera línea de fuego. Hemos hablado de sus sueños e ilusiones, también de sus desvelos y heridas. El néctar extraído de esos diálogos fue la tinta usada para convertir mil conversaciones en una sola historia: la que estás a punto de leer.

¿Qué lleva a un pastor a renunciar? ¿Qué circunstancia, o cúmulo de ellas, provoca que alguien cuelgue los guantes o tire la toalla, o como quiera que llamemos a ese acto de abandonar el arado en medio de un surco que se abrió con ilusión y hermosas expectativas?

¿Irresponsabilidad o más bien extenuación?

Es fácil juzgar a quien claudica, pero no deberíamos hacerlo.

Comprender, animar y restaurar resulta más complejo, pero eso sí que es necesario. Faltan manos dispuestas a enjugar los ojos de quien invirtió su vida en secar lágrimas ajenas. Se necesitan cuidadores que cuiden al cuidador –no es un juego de palabras, sino una necesidad vital–. Son precisas vidas que pastoreen al pastor. Hay cosas que el siervo de Dios siente, pero considera inconfesables. Temores íntimos, dudas profundas y preguntas de difícil respuesta que no se atreve a desvelar por temor a herir a aquellos a los que guía; sin embargo, el secreto guardado roe su interior y le desgasta.

Conozco el dolor del soldado herido porque yo mismo lo sufrí. Distingo el acre sabor que impregna el paladar del alma cuando se ingiere y digiere la pócima del aparente fracaso –porque conviene recordar que muy a menudo el fracaso es más aparente que real–. Sé cuánto pesa el desvelo de quien descubre que se agotan sus reservas, y no me es ajeno el eco que provoca en la bóveda de la mente el grito de auxilio que no nos atrevemos a verbalizar por temor a ser juzgados.

Pero conozco también que de ese valle se sale, y se hace, con frecuencia, en gloriosas cumbres que proporcionan una nueva visión de todo y de todos. Hay circunstancias que parecen finales, pero en realidad son nuevos comienzos. En ocasiones vemos que se acaba el camino, pero se trata sólo de una bifurcación que nos conducirá a puertos desconocidos en los que jamás recaláramos de no ser por la tormenta.

He decidido escribir acerca de ello.

Quiera Dios que las páginas que siguen supongan una bocanada de oxígeno para quienes se sienten intoxicados a causa de la ansiedad. Que estas reflexiones sean fina lluvia para cuantos se debaten en las ardientes arenas de la aflicción. Es mi oración que los párrafos que estás a punto de leer obren como brisa purificadora, barriendo los oscuros nubarrones del *no puedo, no valgo y no sirvo...* Ruego a Dios que este libro sea un soplo de vida que espante las nubes, alzando sobre ti el radiante sol de la victoria.

Necesitas descansar y te mereces hacerlo.

Bienvenido a la reposada aldea donde la bruma de la ansiedad es disipada por suaves rachas de paz.



---

# CONOCIENDO AL VIEJO CUENTACUENTOS

*A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.*

**Oscar Wilde**

Escuché que hay personas a las que conoces en un instante y ya se instalan para siempre en el centro de tu vida.

He encontrado a alguien así.

Anteayer llegué a mi destino veraniego. Arribé al lugar desanimado, pues a medida que me alejaba de la ciudad se recrudecía el recuerdo de las disputas que en el último tiempo fueron habituales en casa. Las rememoré con tal realismo que un incómodo escozor se instaló en algún punto localizado entre mi estómago y mis pulmones, y al calor del recuerdo la cera de mi ánimo se deshizo por momentos.

Ya cerca de mi destino, el primer vistazo al enclave donde pasaría mis vacaciones logró inyectarme cierta dosis de optimismo pues me pareció un lugar realmente hermoso. Un cartel en la carretera me invitaba a tomar la siguiente salida, mientras, a cierta distancia y a la izquierda, la aldea saludaba desde su ubicación en la altura. Se trata de un pequeño pueblo situado en la montaña pero muy cercano al mar. Un pueblo blanco... blanquísimo. En la primera ojeada me pareció

una inmensa mancha de cal en la cresta de la montaña, o como si un gigantesco bote de pintura se hubiera derramado en la cumbre y el río de tinta blanca descendiese por la ladera, haciéndose más estrecho a medida que buscaba el valle.

Llegué al apartamento que sería mi solitario reducto durante los próximos diez días y tras colocar los pocos enseres que traje salí a recorrer la villa. Pude apreciar que la mayoría de las casas se asoman al mediterráneo y las que se levantan en la parte más baja de la montaña, muy cerca de la orilla, pertenecen a los pescadores. Sobre el gran azul se mecen mansamente las barcas en las que cada tarde salen a pescar la buena gente de esta aldea. Aquí la urgencia se disuelve en vapores de quietud y una brisa húmeda con olor a sal parece susurrar en su caricia que las prisas son un invento moderno, nocivo e innecesario.

Viendo a los aldeanos caminar despacio, detenerse a charlar a cada rato y sentarse luego a contemplar la inmensidad de agua que casi nunca se agita, uno descubre que es posible vencer a la ansiedad.

Este lugar es justo lo que necesitaba.

En ese primer paseo me acerqué a una de las tres tiendas de comestibles con que cuenta el pueblecito, y pregunté al hombre que la atendía:

—¿Qué me recomienda que vea en esta aldea?

El chico, joven, moreno y repeinado, se apoyó con ambas manos en el precario mostrador de madera y, señalando a los amplios ventanales desde los que el mar saludaba, me dijo con una sonrisa:

—Le recomiendo que mire usted el cielo, mire también el mar —se acodó entonces en la tarima, de forma que su rostro quedó muy cerca del mío y con tono perentorio recalcó—: ¡Y sobre todo no deje de escuchar al viejo cuentacuentos! Sólo con eso este verano será uno de los mejores de su vida.

Fue esa la primera vez que oí hablar de él, hasta que al inicio de la tarde un par de aldeanos que me vieron sentado al sol, me dijeron:

—¿Qué hace usted ahí, tan solo, buen hombre? ¿Por qué no viene con nosotros a la plaza?

El más anciano de los dos se aproximó lo suficiente como para poner su mano sobre mi hombro y animarme:

—La plaza es un lugar muy bonito y los vecinos nos reunimos allí cada tarde para escuchar al viejo cuentacuentos.

Comenzaron a alejarse, pero aún desde la distancia insistieron:

—¡No deje de pasarse por allí, buen hombre!

Decidí complacerles —tampoco tenía otra opción para matar las horas— y esa misma tarde acudí al lugar. Enseguida comprobé que ambas cosas eran ciertas: la plaza, sin ser grande es agradable, y, efectivamente, la buena gente de este pueblo ha elegido ese lugar como punto de encuentro.

Se trata de un pequeño espacio rectangular y con suelo embaldosado, en el centro del cual se alza un gigantesco abeto que, según me han dicho, decoran de forma exquisita cada Navidad. Alrededor crecen diez frondosos robles cuyas copas se tocan formando un tupido techado y sumiendo a la glorieta en una deliciosa sombra. En las ramas de esos robles anidan mil pájaros que, felices y enloquecidos, llenan el aire con su trino, obligando, incluso, a las personas a alzar su voz para hacerse oír.

Resguardados a la sombra hay ocho bancos de piedra y unos pocos columpios para los niños.

Paseé durante un rato en la quieta tarde respirando el aire que olía a mar y campo, y cuando me debatía sobre qué banco ocupar, el anciano hizo su aparición. Reparé en su presencia por el enorme alboroto que formaron los niños cuando el viejo, apoyado en su nudoso bastón de madera, irrumpió en la glorieta. Los críos lo jaleaban como si fuese un héroe. Corrían luego hacia él y lo abrazaban a la altura de la cintura.

En cuanto le vi me di cuenta de que se trata de un viejo diferente. Hay algo en él que le hace distinto al resto. Lo primero que me atrajo fue su sonrisa, porque el bondadoso abuelo sonrío siempre, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida y ahora le fuese imposible dejar de hacerlo. Usa para ello cada músculo de su cara, entonces sus ojos se achinan, aunque siguen pareciendo grandes tras las gafas de varilla de metal dorado. Al sonreír, en la comisura de sus ojos nacen unas marcadas arrugas que se extienden hacia las sienas denunciando el paso de los años pero incapaces de atenuar el toque de bondad que le

distingue. También sus labios se curvan hacia arriba, y entonces gotean néctar de alegría sobre su poblada barba, gris, abundante y espesa.

En la cabeza lleva calada una gorra negra que oculta en parte su cabello también grisáceo y muy limpio, aunque excesivamente largo. Protege su cuerpo con una leve camisa de color blanco cuyo cuello luce muy gastado y sobre ella una chaqueta de fondo marrón y rayas de color beige que la cruzan de derecha a izquierda y de arriba abajo, formando cuadros. Se cierra con una cremallera que el viejo lleva subida, como si tuviese frío pese a que estamos en el mismo corazón del verano.

Me pareció que bajo el toque mágico de su sonrisa la plaza fue visitada por un rayo de luz.

—¡Hola abuelito! —gritaron todos los niños rodeándole en cuanto pisó la plazuela.

—¿Hoy también contarás un cuento? —preguntaron varios al unísono.

Y el anciano asintió con la cabeza mientras alborotaba el cabello de los pequeños con su enorme mano.

Ante aquella escena me afirmé en la idea que siempre defendí: los niños son expertos en detectar las genuinas fuentes de cariño y ese hombre era, sin duda, una de ellas.

—¿Le conocen ustedes? —pregunté a una pareja que miraba la escena con gesto complacido.

—¿Y quién no conoce al bueno del cuentacuentos? —comentó el hombre.

—Especialmente nuestros hijos —afirmó ella señalando a dos pequeños que miraban como hipnotizados al venerable anciano—. Narra historias bellísimas.

—Así que se trata de una de esas personas que relata cuentos infantiles.

—¿Infantiles? —la mujer negó con la cabeza—. No, él no cuenta historias a los niños.

—¿Entonces...?

—Es a nosotros a quienes las cuenta.

—¿Un cuentacuentos para adultos? —repliqué sorprendido.

—En efecto —afirmó la mujer—, aunque, en rigor, no son cuentos lo que relata, sino narraciones tan... —se detuvo, como buscando la

expresión que mejor definiera lo que pretendía decir—. Finalmente apuntilló: Son relatos tan especiales, que resulta difícil olvidarlos.

—¿Y por qué se ponen tan contentos los niños cuando el anciano entra en la plaza?

—Creo que le reciben así porque están agradecidos —explicó el hombre.

—Y lo están —matizó ella— porque sus historias nos hacen mejores a nosotros. Por eso le aman, porque tienen mejores padres y abuelos gracias a él.

—¡Vaya con el anciano! —exclamé admirado.

—Tiene algo especial —advirtió el hombre—. He visto envejecer a muchas personas, pero a nadie como él. La mayoría de la gente logra una vida cargada de años, pero este hombre tiene años cargados de vida.

—Le llamamos el viejo que no se resigna a serlo —rió la mujer—. Da la impresión de que, por cada paso que su cuerpo avanza hacia la muerte, él da dos hacia la vida. Es un ángel y nos demuestra cada día que acumular años no resta vida, sino que suma sabiduría.

—Cuando usted lo escuche —me advirtió— comprobará que ancianidad no tiene nada que ver con debilidad. Este hombre es como el roble, los años lo hacen más fuerte.